

# Pacto en el Incienso

Alvaro Amaya



# Capítulo 1

## **Pacto en el Incienso**

### Cuento

Seis de la mañana de sábado y preso de la rutina. Con el abierto ventanal a mis espaldas empiezo a leer el periódico. La prensa sigue trayendo lo mismo. La descarada canalla politiquera hace gala de poder con el dinero de todos mientras exprimen a sus compatriotas pobres e ignorantes, robando y dilapidando el erario público con sus negocios ilegales y corruptos que otra vez, hoy la prensa vuelve a mostrar. Creer que todos creen lo que dicen, es el persistente y aberrante atropello a la realidad de estos miserables cómplices del poderoso y pequeño grupo económico que depreda a Guatemala.

En la siguiente página los reincidentes escritos de los ilusos ruegan y piden a la población que detengan a estas mafias que asaltan el estado pero en este país eso es inútil porque nadie oye, ni lee y los que se enteran no reaccionan porque el interés y el civismo desaparecieron. Están definitivamente muertos.\* Seguidamente aparecen los defensores del statu quo. Ampulosos, intentan apuntalarlo con ideologías caducas, vacías de realidad y más frías de humanidad. Son los corifeos del sistema, patéticos defensores de una institucionalidad asentada sobre un podrido "estado de derecho" huérfano de legitimidad, cuyas leyes han sido negociadas entre grupos de poder y politiqueros que deben sus puestos públicos a su financiamiento.

En las páginas centrales los sucesos policiales de ayer hoy solo cambiaron de barrio. Las noticias internacionales son bombas que en silencio explotan a lo lejos. Se presiente el ominoso choque de sus ondas que más pronto que tarde azotarán la enclenque economía de nuestro país, en propiedad del uno o dos por ciento de sus habitantes y finalmente llego a los deportes. Los paso aceleradamente temeroso de contagios. Huelen a exóticos y extraños negocios que no tienen nada que ver conmigo, pero insisten en engancharme en calidad de fanático yihadista, intentando envenenar mi emoción para que sea su gratuito adicto sin razón.

Fugazmente mi mente registró algo en los sucesos policiales, regresé a esas páginas sin saber lo que buscaba pero no detecté nada. Doblé el periódico y fui a preparar mi primera taza de café. En la cocina el diario cayó al piso y quedó abierto por la página de sucesos donde mi mirada recayó sobre el pequeño recuadro que decía: "Pareja pacta suicidio. Una pareja de amantes decidió suicidarse lanzándose desde el puente El Incienso, llegado el momento, él se lanzó al vacío y ella no. Alertada, la

policía rescató a la mujer y la llevó al Hospital San Juan de Dios". Eso había llamado mi atención. La nota solamente decía eso. Era un fraude periodístico para tan insólito suceso. ¿Quiénes eran ellos? ¿Por qué tomaron esa decisión? ¿Eran jóvenes? ¿De clase media? ¿A qué horas ocurrió? Todo lo dejaron fuera.

Para mí que eran ciudadanos y jóvenes de clase media por el céntrico lugar elegido y porque los viejos piensan que el calendario ya les ha hecho la mayor parte del trabajo de morir. Posteriormente puse especial atención pero nadie indagó más. No generó interés, nadie volvió a publicar nada y quedé intrigado. En el pasar de los días el suceso venía a mi mente, no era permanente pero se volvió recurrente. Alguien había empezado a contar algo y se había frenado abruptamente dejando un suspenso vacío. Había sido el punto final de una historia humana sin vivencias previas y eso no es posible. Sin causas ni efectos no se produce nada. La vida no discurre así. Me habían dejado en el aire.

Un mes después conduciendo a más de cien kilómetros por hora sobre la recta de Patzicía, me pregunté ¿Qué sensibilidad es la de una mujer que logra convencer tan absolutamente a su amado para llegar juntos al clímax definitivo de la muerte y para echarse atrás en el último momento? , ¿Qué razones tuvo para convertir ese supremo acto en una burla fatal y definitiva? Sólo vi que un degenerado había ofrecido caramelos a un niño, lo había llevado al borde de un precipicio y fríamente lo había defenestrado. Aunque me hubieran dicho lo contrario, no estuve dispuesto a creer que ella se había echado atrás por miedo. - Lo engañó fatalmente a propósito -, me dije convencido. - Antes de llegar al puente del suicidio, ¿Ya había decidido no lanzarse al vacío? , y si un segundo antes él hubiera visto sus ojos... ¿Habría descubierto su engaño en el último momento? -. Algunos kilómetros adelante mi atención ya no estaba sobre este asunto. Tal como me produjo intensidad de interrogantes, así también desapareció.

En otro piquetazo de recuerdo me pregunté si ser seropositivos los había llevado a la decisión final y que ella ante el horror de ver despeñarse a su amado en el vacío, se había paralizado sobrecogida en un espanto superior a sus fuerzas. Pero, - ¿Quién infectó a quién?, ¿Quién perdonó?, ¿Lo hicieron a propósito?, ¿Infidelidad? , ¿Prostitución?, ¿O infección hospitalaria? -. (Eso no es imposible en Guatemala). - ¿Estaban enamorados, uno de ellos ya estaba infectado, consumaron su amor y eso los llevó a pactar su física desaparición? -. Algún tiempo después lo recordé con culpa porque mi actitud había sido misógina. Dirigí mi conmiseración hacia el hombre sólo porque había muerto sin pensar que tal vez él fue quien provocó la situación, que la víctima era ella, que el equivocado había sido él y que había muerto víctima de su propia confabulación. - ¿Pero de qué manera? -, me preguntaba.

Un año atrás los periódicos publicaron que algunos niños se habían suicidado y algo tan deshumanizado y espantoso como el apocalíptico aviso de que el fin del mundo había empezado en Guatemala, no provocó el asombro ni las letras de nadie. Eventualmente los periódicos informan casos de gente muy pobre que se suicida porque perdió posibilidades para seguir viviendo. Eso sigue sucediendo pero aquí la costumbre de morirnos de ese modo ya no causa revuelos en nadie. - ¿Pero por qué una pareja de jóvenes tomaron esa extrema decisión? -, reverberaba en mi cabeza. Durante tragos y comidas, varias veces incomodé a mis amigos pidiéndoles que aventuraran hipótesis sobre lo que pudo producir el suceso y las respuestas fueron muy pocas. A nadie se le ocurrió que se trataba del triste final de un desolado amor en el que los protagonistas llevados por una elevada y prístina pasión, habían decidido que este sucio y limitado mundo era imposible para un amor tan puro y que eso había sido una huida al cielo. A nadie.

- ¿Cometieron algún crimen grave y quisieron irse a donde la condena no los separara? , ¿O habría una mayor sordidez? -. No estaba tranquilo con algo que no aterrizaba en ninguna lógica de mi mente. Cada vez el recuerdo me llevaba un nuevo argumento que anulaba el anterior como si hubiera decidido mantenerlo vivo hasta que apareciera la satisfactoria verdad. Años después llegaba como una pared que no me permitía avanzar porque ya se me había ocurrido todo pero regresaba cuando menos lo esperaba, manteniéndolo vivo y causándome siempre la misma insatisfacción.

La violencia, la inseguridad y la economía cooptada me subieron a la contemporánea ola migratoria y me trasladé a vivir a Toronto. Al inicio me até a personas aprisionadas en la perentoria necesidad de sobrevivencia mientras lográbamos adaptación y pasaron años hasta lograr amigos que gustaban de los temas serios de la existencia, de los que explican el pensamiento central de la cultura en la que vivimos o los de la creación literaria. No supe cuándo con ellos empezamos a hablar de las vidas grises y aplanadas por la rutina, a las que la cultura del consumo convirtió en existencias sin expectativas, en vidas fallidas plenas de vacío y retumbantes de soledad en las que dejaron de existir sueños, riesgos y retos. Más acalorados que profundos, decíamos que los seguros contra todo nos habían convertido en seres tan ansiosos de seguridad, que a eso le habíamos entregado nuestra existencia y hasta alcanzar la gris vida que nos había robado la sorpresa de vivir.

- Ocurre porque la vida está planeada desde el nacimiento hasta el seguro lugar donde reposaremos -, decíamos. - Y la sacrificamos entera solo para honrar y pagar por este paradigma que convertimos en la única certeza de nuestra existencia -, afirmábamos. Los que vivimos la guerra fría y las dictaduras militares de Centroamérica, añorábamos la vida de peligros de nuestra juventud, cuando la siempre cercana muerte nos había hecho amar y sentir la vida con una profunda y maravillosa intensidad. Ahora no

corríamos riesgos de nada. Vivíamos a la espera del retiro, de la pérdida de la virilidad con su viagrosa extensión de consuelo, de sufrir obesidad, cáncer y las consecuencias acumuladas del estrés que de todos modos, las compañías de seguros ya tienen previsto en la última y anestesiada prolongación de la existencia en los asilos, a cambio de quedarse con la última migaja, con el último aliento dinerario difícilmente conseguido en nuestra senectud. Sumisos y sometidos al statu quo, ya no sabíamos nada de las pasiones, de los amores, de los odios y rencores recios y magníficos, capaces de cambiar la dirección de los vientos de las grandes tempestades y de hacer enmudecer a la más pavorosa tormenta eléctrica del universo. Por supuesto que exagerábamos, pero era cierto que añorábamos los tiempos en los que cada instante de la vida dependía de la ineludible, insegura y valerosa decisión que debíamos tomar, ante los inesperados y peligrosos momentos de nuestro precario vivir, en países en donde veleidosos dictadores disparaban a la población inerme cuando algo amenazaba su poder. Ahora para saber de la heroicidad de la vida, debemos recurrir a los exánimes mitos de la antigüedad.

Subidos sobre estas vías, empezamos a contarnos los que habían sido nuestros máximos atrevimientos, pasiones y peligros. Algunos eran graciosos por su pasmosa ingenuidad, su cursilería y su pálida trascendencia pero para no herir a nadie, respetuosamente disimulábamos su irrelevancia. Nuestras heroicidades fueron acontecimientos en donde hubo riesgo de perder la billetera, el trabajo, la licencia de conducir, una pulmonía, que nos redujeran el sueldo, que incrementaran el alquiler o la cuota del seguro pero ninguno como consecuencia de superar un riesgo vital o por alguna maldita y abrasadora pasión. Cuando reconocimos lo insulso de nuestra existencia empezamos a invitar a amigos y conocidos que tuvieran historias relevantes que contarnos, abrigando secretamente la intención de renovar con ellas los rescoldos de los apagados fuegos. Durante algún tiempo, en un local desocupado que acondicionamos con sillas, refrescos y café, invitamos y oímos vidas de políticos fracasados, de religiosos echados de sus ministerios, de exministros y militares exiliados, de guerrilleros y de refugiados por causas económicas o por revoluciones perdidas de todo el mundo. Escuchamos a luchadores vencidos y ya secos de pasión, que habían olvidado las grandes causas de la defensa de los bosques, de los animales, de la identidad cultural, de los minerales, de la igualdad de oportunidad para las mujeres, del agua, de la justicia o de los derechos humanos y escuchamos a artistas tristemente extraviados porque no lograban descifrar los enigmas estéticos de sus nuevas vidas en el exilio.

Hasta que una noche alguien llevó a Mario.

Aparentaba cincuenta años pero era bastante mayor. Llegó en silla de ruedas porque tenía reconstruida la pelvis, las piernas, un omóplato y gran parte de su columna vertebral. Milagrosamente - había sobrevivido a una caída de más de doscientos metros de altura -, nos dijo para explicar

su estado. Tenía una depresiva deformidad en el lado derecho de su cara pero su rostro proyectaba una juventud que brillaba intensa desde su hundida mirada. Todas las arrugas de su cara concurrían a apretujarse en sus cavidades oculares que hacían que su risa fuera la risa de toda su cara. Antes que hablara y desde que llegó, me di cuenta que era un hombre dispuesto al chiste y a la broma, que hacía que poco después, todos olvidaran su silla de ruedas. A su primer "si pues" me di cuenta que era guatemalteco y decidí ocultar que éramos compatriotas.

Dijo que llegaba de un país en donde los colores de la naturaleza eran tan atrevidos, briosos, brillantes y explosivos, que causaban ilusiones ópticas y emociones que hacían que la gente viviera pronta y abierta a la risa sin frenos porque percibían de otro modo la vida y que eso era intensificado por la revuelta multiplicidad de los olores de la naturaleza que enloquecían y embriagaban causando extravíos de felicidad. Nos contó que cuando los hombres y las mujeres decidían ser malos, lo eran en grado superlativo y que llegaban a matar y a destruir con saña y loco furor y que cuando las mujeres amaban no sabían poner límites a su entrega y que por estos amores mataban o morían calcinadas en la más pura pasión interior, enloquecidas y dislocadas física y espiritualmente, porque al igual que en los mundos primigenios, vivían en su prístino estado emocional natural.

Contuve mi deseo de aplaudir. Me encantó lo desorbitado, exuberante, fresco, loco, florido y divertido de sus palabras, que de golpe me hicieron ver las playas, el sol, las olas, los verdes intensos y profusos y me hizo aspirar los dulces y penetrantes olores de las frutas maduras de Centro América y quedé fascinado con el uso natural y espontáneo que hacía del lenguaje.

- ¡Exagerado, mentiroso! -, le dije riendo fascinado, - ¡En Guatemala no se vive así! -, le aseguré y con esto se dio cuenta que era su compatriota y me susurró con espontánea familiaridad,

- Es para que no les extrañe lo que les voy a contar -, me dijo sonriente. - De todos modos, sí es cierto que somos un país de contrastes absolutos -, expresó a todos en voz alta al continuar, - En Guatemala lo sublime es vecino inmediato de lo grotesco, al igual que la bondad de la maldad y su gente básicamente buena y maravillosa es también capaz de lo peor -, dijo tomando aire, - Vivimos en los parajes del Génesis pero allí campean la muerte, el crimen y la corrupción absoluta, contamos con el más moderno desarrollo económico y tecnológico que impudicamente se desenvuelve dentro de la más profunda y lacerante miseria -, prosiguió, - Quien nos visita encuentra un país culturalmente abigarrado, socialmente dislocado y políticamente descerebrado, pero siempre será ya tarde cuando descubra que está irremediabilmente atrapado en la fantástica magia de su realidad. Por eso aunque se vaya, nunca se podrá ir enteramente de allí -, nos dijo con una arrugada sonrisa de su cara flaca. - Pero como me invitaron para les cuente mi historia, es mejor que

empiece -, dijo girando su silla y quedando frente a todos.

- Debo empezar por decirles que yo la quise, la quería y que tal vez aún la quiera pero lo importante es que la quería hasta un extremo mayúsculo, del que aún hoy no logro estar enteramente consciente -, dijo pasándose la lengua por los labios. - La quería tanto, que quería estar dentro de ella pero no fundido para perderme, sino seguir siendo yo para darme cuenta y sentir que era de ella, que me poseía y con eso, disfrutar la mayor felicidad que se pudiera concebir -, dijo en un suspiro,

- Cristina era graduada universitaria y yo obrero especializado, trabajaba en una oficina del gobierno y ganaba más dinero que yo. Desde el inicio estuve seguro que ella supo que la llegaría a amar como nunca en su vida lo había sido y me daba cuenta que eso la mantenía emocionadamente sorprendida pero por su belleza, por su encanto y por el modo como me quiso, ella lo merecía y ahora estoy seguro que me quedé corto -, dijo, - Con Cristina nunca quise más vida que estar en su vida, de verla, de tenerla, de respirarla, de absorberla, ¡Yo sólo eso quería! - exclamó enfático con el gesto que elevaba y abría sus manos.

- Era la secretaria de un ministro del gobierno y de ése trabajo se derivaban sus buenos ingresos. Pronto me invitó a cenas y reuniones donde fui aceptado por su jefe y la gente que se movía a su alrededor. Les repito que de lo material yo nunca quise nada. ¡Solo la quería a ella! -, decidió confirmar una vez más, - Ya viviendo juntos, me di cuenta que llevaba paquetes que guardaba en un anaquel de metal que con llaves de seguridad tenía en su pequeño estudio. Cuando la sorprendí, furiosa me dijo que nunca más volviera a entrar allí y ante mi preocupada insistencia me tranquilizó contándome que era dinero en efectivo de su jefe, producto de las comisiones que cobraba en su gestión y que no podía poner en los bancos. Que ella se lo guardaba hasta que él encontrara la forma de invertirlo o sacarlo del país -.

Mario calló y después de pasar la lengua por sus labios, nos dijo, - Con eso viví los más desquiciantes celos que he sufrido en mi vida. Me dolía compartir su confianza con su jefe porque con eso ella cedía mucho más que su intimidad -, dijo con amargura, - Pero no podía hacer nada, yo estaba seguro que me amaba -, dijo en un tono de voz que la justificaba. - Evidenció ante todos su crecimiento económico mejorando carro y comprando casa nueva. Me dijo que lo hacía con el dinero que le pagaba su jefe por hacerle el favor de proteger su dinero -, nos contó.

- Y un día regresó fuera de sí. Descontrolada y enloquecida de pavor, me contó que la policía había llegado con el ministro, que habían descubierto sus manejos, que había habido una negociación y que después de una violenta reunión con el presidente, su jefe había sido destituido y la policía lo había puesto de inmediato en el aeropuerto para que escapara al extranjero -. Pálida y a tropezones me explicó, - Que ella había quedado

en manos de un policía investigador del ministerio público que sorprendentemente no había entrevistado el grado de confianza del ex ministro con ella, aunque le había afirmado que estaban detrás de una gran cantidad de dinero sucio del que sabían escondido en algún lugar. - Estaba constantemente vigilada y otras personas estaban detrás de ella porque recibía extrañas llamadas de amenazas de muerte. El investigador llegaba frecuentemente y a veces por todo el día a su oficina y sus jefes permitían que lo atendiera en privado para contribuir con las investigaciones. Como presión, éste le afirmaba que estaba enterado de los robos del ministro y le repetía que ella sabía dónde estaba ese dinero -

Y un día, desesperada, temblorosa y con los nervios rotos, reventó. - Me dijo que ya no podía más y en un acceso de llanto histérico aseguró que iba a matarse, que no soportaba más los mensajes de su exjefe amenazándola con asesinarla si confesaba y a la policía que la presionaba para que lo entregara. Yo sufrí todo el peso de su inseguridad, de su miedo y sufrimiento y pero no pude hacer nada que la tranquilizara. Y un día que llegué a casa me enteré que el dinero había desaparecido. Me dijo que había decidido entregarlo porque el investigador le aseguró que el gobierno la protegería pero a pesar de esa prometida seguridad y para mi desesperación, la idea del suicidio en ella se tornó en algo recurrentemente obsesivo. Todas sus crisis siempre la llevaban a eso -, nos dijo.

- Yo estaba constantemente vigilado por hombres armados que veía de lejos y nunca se acercaban, inyectándome también un continuo temor -, nos expresó achicando sus pequeños y hundidos ojillos. Se dio a sí mismo una larga pausa como si ya hubiera terminado y no tuviera más que decir y que todos respetamos sin decir nada. - Las ideas son las ideas -, dijo al rato saliéndose del tema y con una voz baja y ronca continuó, - Que tal vez junto con las emociones, al final estén revueltas y sean lo mismo. Nadie sabe cómo penetran y cómo uno las llega a convertir en su destino. No me pregunten si soy inteligente porque por lo que hice, es evidente que no lo soy. Yo solo puedo decir que soy alguien que ama desbordadamente y que ese amor ha sido la luz de mi vida -, se justificó enrojeciéndose.

- La noche que nos emborrachamos en una cervecería de la zona cuatro, entre los vapores alcohólicos, nos asaltó la idea de huir en ese momento a Quezaltenango, después hablábamos de huir del país y sin darme cuenta decíamos que lo mejor era huir para siempre. Febriles, riendo y llorando a la vez, nos abrazábamos y repetíamos que estábamos decididos a matarnos, a unirnos para siempre lanzándonos del puente de El Incienso. Recuerdo la atracción morbosa del riesgo y el peligro de acariciar esa idea. Para mí lo importante es que era con ella y que se trataba de estar más que juntos. De algún modo inexplicable, creí sinceramente que eso iba a ser mi fusión total y definitiva con ella y que después realmente seríamos

uno solo para siempre -, dijo doblando su cintura y enterrando su cabeza entre sus rodillas.

No supimos si era la vergüenza por lo disparatado de sus palabras o si era la emoción revivida lo que encendía intensamente su rostro. Su expresión era grave y profundamente seria. Nuestro respeto y nuestra atención eran absolutos. Aquí calló otra vez y por bastante tiempo quedó con la cabeza inclinada como queriendo descubrir hormiguitas en el suelo. Nosotros sabíamos que luchaba por dominarse para seguir hablando. Nadie decía nada. En el expectante silencio que construimos, entrelazábamos miradas y audiblemente compartíamos respiraciones.

- Me lancé al vacío envuelto en un alarido de terror en el que todo se perdió -, dijo con un extraño y forzado tono de voz, que a todos nos causó escalofríos y que produjo otro silencio espeso que apagó todos los ruidos. Lo oíamos aspirar el aire de una manera profunda y acompasada que nos contagiaba su emoción. Después de un largo lapso de tiempo prosiguió suavemente,

- Me desperté en el cuarto sin ventanas de un pequeño hospital privado de la zona uno que tenía las paredes pintadas de un verde apagado y triste -, dijo cuando pudo hablar de nuevo, sin ver directamente a nadie. - No supe si fueron días o años que pasé sintiendo que flotaba -, prosiguió levantando ahora su rostro entristecido. - Entre esas brumas recuerdo que una noche una sombra entró y me asestó esta puñalada -, dijo sorprendiéndonos a todos al levantarse inesperadamente la camisa y mostrarnos una horrorosa cicatriz que aún se mantenía con un desagradable y encendido color de carne cruda enrojecida. - De inmediato entraron otros hombres que silenciosamente dispararon al hechor y de prisa me sacaron de allí - dijo, mientras terminaba de acomodarse los faldones de su camisa dentro de sus pantalones.

- Me llevó bastante tiempo armar esta historia que les cuento. Casi la olvidé cuando pasó y después que pasó todo me pareció un eterno sopor, un sueño del que no recuerdo ruidos, sentir dolor, ni miedo, ni nada -, nos explicaba acompasadamente, - Mi providencial venida a Canadá fue a través de la Organización Mundial de Derechos Humanos el 30 de Mayo de 1990. Recuperar la coherencia de lo sucedido me llevó diez años porque la reconstruí poco a poco desde aquí -, prosiguió.

- En Guatemala todos saben que ella está muerta. Oficialmente murió en el hospital de un paro cardíaco pero fui informado que su cadáver fue sustituido -, dijo sonriéndose sin la menor intención de hacerlo, - Supe que la noche del suicidio, el policía que había llevado a Cristina al hospital era el mismo investigador del ministerio público que había estado siguiendo el caso y que estaba apostado en la barandilla del puente del Incienso, a la espera que concluyera nuestra muerte - dijo ahora sin ningún atisbo de sonrisas, - Cuando ése policía se convirtió en su amante

ambos urdieron el plan. Él se quedó con ella y con el dinero, pero al final y a pesar de sus dos intentos, no pudo quedarse con mi vida -, dijo profundamente emocionado mientras intentaba controlar su interior y el externo temblor de sus inútiles piernas.

Su rostro no mostró ninguna emoción pero todos vivíamos la solemne y grave trascendencia de sus palabras. No era necesario que recurriera a teatralidad alguna para que nos sintiéramos conmovidos. Yo lo estaba de manera especial porque inopinadamente recordé la fecha del suceso, la asocié con el puente de El Incienso y la nota del periódico y tuve un escalofrío que hizo empezar a sudar porque presenciaba el desenlace de mi obsesiva historia inconclusa de veinticinco años atrás que por fin se resolvía, dejándome mudo y soterrado bajo el peso de mi asombro por la increíble casualidad que ante mis ojos se desarrollaba.

- El pacto del suicidio no fue lo espontáneo que siempre creí. Fue un montaje de ella, una traición premeditada, un plan concertado entre los dos para eliminarme -, dijo roncamente, sonriendo tristemente e intentando un fallido sarcasmo con el que ya no nos engañó.

- Si apareciera, ¿La perdonaría? -, se oyó nítido en el profundo silencio del ambiente, en una suave y aguda voz y sin que nadie supiera quien lo había preguntado.

Después de un difícil, duro y prolongado silencio, Mario levantó su cara enrojecida y con expresión avergonzada dijo,

- Por supuesto que sí -, afirmó rotundo con una suave y firme certeza. Despaciosamente y con absoluta sinceridad, nos vio abiertamente a cada uno de nosotros y nos dijo,

- Necesito vivir. Yo estoy muerto desde que no la tengo -.

Nadie dijo nada. En el silencio, él giró su silla de ruedas con un fuerte empujón de su brazo derecho, nos dio la espalda y empujándose con sus callosas manos, a rítmicos empujones salió rápido y se perdió en el contraluz de la puerta de la calle.

*Notas del autor: 1.-Treinta días después de concluido este escrito, en un suceso inesperado e histórico para Guatemala y después de una manifestación general de la población, el presidente, la vicepresidenta, casi todos sus ministros y varios diputados, fueron obligados a renunciar y junto con banqueros, empresarios y directores de organismos estatales, cayeron presos sindicados de cooptación del estado, extorsión, lavado de dinero, enriquecimiento ilícito, evasión de impuestos y asociación ilícita junto con empresarios nacionales y extranjeros. ¿Realismo mágico o*

*mágica realidad? Nunca vuelvo a decir nunca.*

*2.-El fondo de la barranca que atraviesa este puente, fue centro ceremonial desde donde emergía humo de Pom, el incienso precolombino y es frecuente que al amanecer, las nubes que se acumulan en su fondo simulan el incienso que asciende, por lo que la población lo siguió llamando Puente del Incienso en vez de Martín Vélez, nombre de su ingeniero constructor.*

Álvaro Amaya, Guatemala, C.A.

Reeditado y subido a [www.megustaescribir.com](http://www.megustaescribir.com) en Junio 2018. Foto: Biblioteca nacional.